

En conmemoración del décimo aniversario de su muerte
MEDITACIÓN DE CARLOS RANGEL

Ibsen Martínez

El Universal

I

La tentación de componer una taxonomía y hasta una zootecnia del intelectual latinoamericano ha descaminado a muchos de los nuestros desde el momento en que recordamos lo que y vaya dicho sin ánimo de choteo, nos advirtió, Simón Bolívar en su discurso de Angostura.

Siempre me ha parecido al menos hiperbólico ¡por favor, Comandante Chávez y doctor Salcedo Bastardo: no me fusilen por decir esto! el tono que usara Bolívar entonces, como quien propala un hallazgo deslumbrante : 'no somos indios, no somos europeos'.

Al menos esa distinción tuvo la virtud de no ser del todo rousseauniana, pero no alcanzó la dicha de no sonar despechada y fatalista. Algo así como 'no llegamos a ser Partagás pero tampoco somos tabaco en rama'.

La mayoría de esas taxonomías al menos las que conozco, han sido cosa de este siglo XX; un siglo de masas y de causas, cuyos profetas no han cesado de invitarnos a morir por ellas.

Y por cierto, las más empobrecedoras de estas clasificaciones no comenzaron a desplegar sus manifiestos, sus reglas de terreno y sus normas de juego, ni a repartir sus premios y sus fulminaciones en nuestro mimético continente.

Obsérvese que la polémica entre 'formalistas' y 'realistas socialistas', el match entre 'constructivismo formalista' y 'realismo socialista', la dupla de contrarios encarnada por Lunacharsky y Bunin, la querella que opuso Sartre a Camus, y todas las secuelas partisanas de la pugna entre comprometidos y desasidos no surgieron espontáneamente en la Plaza de Marianao, ni en el zócalo de Ciudad de México ni en los cafés de la calle Corrientes. Tampoco en los bares de Sabana Grande ni en los cafetines de la UCV ni en los estériles cubículos del Cendes, me apresuro a decir.

Teniendo esto presente, insinúo al lector que dos ideas seducen esta nota en torno al desaparecido escritor venezolano Carlos Rangel: la primera, ha sido formulada en una notabilísima novela publicada durante el guevarista año de 1967, *The mimic men* (1) por un notable autor amerindio acaso sea más preciso llamarle 'amerindiohindú' que escribe en lengua inglesa: V.S. Naipaul.

'Fingíamos que éramos reales, que aprendíamos, que nos preparábamos para la vida, nosotros, los gesticuladores del Viejo Mundo en el Nuevo Mundo, de un rincón desconocido de este último, con todos los recordatorios de la corrupción que llegaban rápidamente llegaba de aquel a los nuevos'. Así habla de sí mismo el protagonista de esta incomparable obra el protagonista es un hombre de ideas, un intelectual, lúcido y contemplativo, doblado en político radical tercermundista en una efusión autobiográfica.

Difícilmente se hallará una representación más cabal del clima 'comprometido', 'revolucionario', 'realista crítico' y, en muchos casos, deliberadamente mendaz, que prevalecía que pervive aún en las élites ilustradas, académicas y activistas, de tinte 'progresista' en América Latina durante los tempranos años 70, cuando Carlos Rangel publica *Del buen salvaje al buen revolucionario*.

Un libro aguafiestas, sin duda; pero en modo alguno un alegato de ocasión ni mucho menos un panfleto trepidante y perecedero.

La segunda idea que esta nota invoca de seguidas, acaso permita dar cuenta del porqué esta singular obra de Carlos Rangel no ha corrido la suerte de exaltación primigenia seguida de olvido perpetuo, tan propia de lo

que llamaré 'gesticulación teórica' de tantos intelectuales latinoamericanos, ya sean de izquierdas o de derechas.

II

Esta segunda noción es, en realidad, el precipitado de una broma intelectual que durante años he sostenido con don Aurelio Sotolongo, natural de La Habana y vecindado desde los años sesenta en Madrid y quien es una de las poquísimas personas con quien me carteo. Don Aurelio es septuagenario y renuente al uso del correo electrónico: le gusta caminar por la calle Serrano hasta su casilla de correos.

Don Aurelio es un hispanista, tan erudito como negado a la publicidad. Su obra publicada circula casi estrictamente en el ámbito de los hispanistas británicos, donde es muy apreciado como comentarista de Angel Ganivet.

Siempre que la conversación le ofrece calce, don Aurelio recurre a una noción que encuentro estimulante: su taxonomía del intelectual, y en general, de las notabilidades latinoamericanas, desde Ruiz de Alarcón hasta, digamos, Eduardo Galeano, propone una divisoria sencilla que distingue entre 'Inconclusos Latinoamericanos' y 'Latinoamericanos que podemos salir a vender sin ponernos espejuelos ahumados'

Cualidad singular de esta taxonomía es la de preservar la idea de que no todo lo inconcluso carece de valor. Lo de 'inconcluso' atañe sobre todo a la fatalidad, a los muros insalvables de la pobreza, a los extravíos de la bohemia, a la ofuscación de la consagración precoz, a los descarríos del carácter y a la lasitud de la voluntad. Nunca a la falta de talento.

Así, la lista de inconclusos latinoamericanos de don Aurelio acoge tanto a gente real como imaginaria; arquetipos folclóricos y literarios tanto como sujetos de carne y hueso.

Todos tan disímiles e indiscutibles como el middleweight 'Mantequilla' Nápoles y el poeta peruano Martín Adán, como Zabalita, el inconcluso de Conversación en la Catedral, como el sonero boricua Héctor Lavoe, como el cineasta Glauber Rocha o el malogrado escritor colombiano Samudio Cepeda.

Observo yo que, en el terreno intelectual, la mayoría de los 'inconclusos' llega a serlo por empecinarse en coincidir con los 'gesticuladores'.

Si se miran las cosas con ecuanimidad, Carlos Rangel rehuyó ambos abismos. De allí que hoy por hoy se le cuente entre los latinoamericanos 'debatibles pero ecuménicos' ¿qué tal esa nueva categoría, don Aurelio?; sujetos y obras que felizmente no tenemos que salir a vender 'con espejuelos ahumados'.

Dicho lo cual, ¿me será lícito añadir una reseña sumaria de su obra?

III

Pero antes, algo parecido a un mea culpa : de no ser por mi encarnizado enemigo íntimo Carlos Raúl Hernández, yo no le habría dado jamás una oportunidad a Carlos Rangel. Me habría conformado con despacharlo con sorna caraqueña: '¿te refieres al tipo ese de la televisión, el que sale todos los días con Sofía descargándose a Petkoff, tan cargante él, con sus corbatas tejidas y sus modales? Y pretendes que me lea un libro suyo?'

Me hice de muchos lectores haciendo, entre otras añagazas, de cronista, chistes facilones sobre el conservadurismo del dúo Imber & Rangel, atribuyéndoselos a la consabida conexión con la Caracas Station de la CIA. Pero la lectura, todavía hoy pertinente, del libro de Rangel, deja ver dos cosas que para el intemperante que era yo por entonces, no dejaron de ser desarmantes en extremo:

a) está escrito 'compuesto', diría un rigorista del idioma con impertérrita ecuanimidad. Apela estrictamente a la razón, a lo que juzga inconsistente en la argumentación 'antimperialista', adscrita a la visión 'dependentista' de nuestros males. Este quizá sea el único reparo de fondo que sé hacerle: la extremada inclemencia intelectual que le hace desestimar el hecho de que los valores de la Contrarreforma han sido entre nosotros tan

operantes como los marines, la diplomacia de las cañoneras, las oligarquías, y las trapisondas de la Standard Oil y la United Fruit.

b) A diferencia de tanto iluminado converso como anda suelto, Rangel no pretende persuadir ni sumar. Tampoco escarnece a quien no se aviene a sus razones. Este libro, eruditamente bien fundado, ofrece al lector predispuesto y antagonista un tono desasido, una rara mezcla de desengaño y certidumbre que, paradójicamente, termina por ganarte. Por último, lo que juzgo más valioso. Rangel ordena su argumentación en un momento en que los centros del llamado primer mundo de los cuales emanan las modas, los fads y las tendencias de pensamiento, estaban todavía confiscados por una izquierda fútilmente empeñada en remozar lo irremozable.

Los 'grandes cacaos' del pensamiento, los idiots savants que intentaban superar la crisis del movimiento comunista mundial eran, en el plano teórico, contorsionistas gramscianos como Rudolf Bahro y Perry Anderson. Y en el político, sobrevivientes que se batían en operaciones de retaguardia con la historia, como Enrico Berlinguer.

Sabemos bien que, de este lado del charco, proliferaron los 'replanteos' gramscianos y la nueva crítica. Un deporte favorito era establecer falsas distinciones entre utopía y 'socialismo real', que invariablemente concedían el beneficio de la duda al 'socialismo real', que mantenía cautivo a Andrei Siniavsky, pero jamás ponía en cuestión la utopía que justificaba su cautiverio. Todo ello era Naipaul y Sotolongo mediante gesticulación inconclusa, pero académicamente prestigiosa.

Sin embargo, y a diferencia de los conversos e iluminados de hoy, Rangel anduvo solo, habló desde su denostada minoría y todo ello en una ambiente entusiasmada esquizofrénicamente tanto por el eurocomunismo como por la guerrilla sandinista, ambas utopías igualmente inconducentes. Rangel prefirió discurrir aristotélicamente contra la utopía contra la inhumana utopía sin garantía alguna de que el inmovilismo brezhnevista y las matanzas vicarias de la Guerra Fría en Asia, África y América Latina habrían de cesar alguna vez.

Se atrevió a pensar con su propia cabeza venezolana cosas que todavía están en movimiento allá afuera, en el resto del planeta. No fue un inconcluso latinoamericano ni un gesticulador falaz. Alegrémonos.

(1) Hay traducción española: 'Los gesticuladores', Seix-Barral, Biblioteca Breve, Barcelona 1984.

Copyright @ El Universal C.A. 2004